

DOS NOBLES ANÉCDOTAS DEL LUCTUOSO 98

(Extraído y adaptado del artículo “Cosas del noventa y ocho”, autor Carlos Martínez Valverde. RHN núm 63. Pp 71-73. 1998)

La escala de la corbeta *Nautilus*, buque-escuela de guardiamarinas, en La Habana, el 24 de junio de 1908, fue una gran manifestación de entusiasmo españolista por parte de los cubanos y de fervor patriótico de los españoles residentes en la capital cubana. Era la primera visita que hacía un buque de guerra español después del doloroso noventa y ocho.

No solamente la prensa ubicada en la isla sino también los corresponsales en los Estados Unidos se volcaron en el evento. Uno de éstos, el del *Diario Español*, en Washington, publicó en La Habana, dos «nobles anécdotas».

Una de ellas es la referente al antiguo teniente de navío Hobson, quien hundió el *Merrimac* en el canal de Santiago para embotellar a nuestra escuadra. En 1908, ya retirado, era diputado por Alabama y recientemente había dado una conferencia ante más de mil guardiamarinas en la escuela naval de Annapolis. Tomó como ejemplo del cumplimiento del deber a un marinero español de la escuadra de Cervera.

Ante esa concurrencia relató lo siguiente: *«Después de la batalla naval de Santiago —dijo—, pedí permiso para visitar los buques del almirante Cervera, y en la sala de máquinas del crucero Vizcaya vi a un marinero español completamente carbonizado, que por un raro fenómeno de equilibrio se mantenía de pie y agarrado a las manivelas de la válvula de vapor. La muerte le sorprendió en esa actitud. Cuadro tan terrible y tan hermoso me produjo tal emoción que me quité la gorra ante aquel héroe anónimo y modestísimo marinero del Vizcaya y pensé: “Esta es la estatua del deber” ¡Jóvenes, pensad en el marinero español carbonizado!». Ejemplo tomado del enemigo vencido.*

La otra noble anécdota la relató un oficial americano, en aquel año comandante del buque monitor *Nevada*. Era el capitán de navío Huse y hablaba perfectamente el castellano.

«Era por la tarde —dice—, ya casi al final de la batalla. Yo estaba embarcado en el Gloucester, yate transformado en cañonero. De repente un oficial da la voz de alarma. Uno de los torpederos españoles se nos venía encima. Como es natural todos los fuegos de nuestro buque se concentraron en el barco español sobre el que mandamos una verdadera lluvia de metralla. No perdimos de vista al cazatorpedero español; los oficiales con los prismáticos podíamos ver la cubierta: los marineros españoles, unos inmóviles... ¡muertos!, otros heridos que luchaban entre la vida y la muerte.

Desde el barco español no se hacía ni un disparo. No obstante, seguía avanzando sobre nosotros. De pronto, de una de las escotillas del barco vimos salir a un oficial español, descalzo y ensangrentado o lleno de manchas de sangre. Con la gorra hacia atrás mira aquel espectáculo espantoso de todo lo horrible que es una batalla naval y, no obstante, lo terrible de nuestros disparos, pues ya estaba tan cerca el torpedero que hasta disparábamos con los revólveres, este oficial, sin buscar protección alguna, aguantó de frente y al descubierto tan terrible fin como el que ya no espera más que morir lo antes posible, pero morir como un bravo.

Y con una sangre fría y un valor admirable sacó una petaca, hizo un cigarrillo de papel, encendió una cerilla y guardando el equilibrio como pudo para no resbalar por la cubierta se puso a fumar impávido.

En aquel momento me apercibí que el timón del torpedero estaba hecho pedazos, que el barco estaba sin gobierno, que la corriente era la que lo traía a la boca de nuestros cañones y mandé parar el fuego. Y cuando el barco estuvo más cerca y vimos que aquel oficial era —

aparentemente- el único superviviente de la nave, de todos los tripulantes salieron espontáneamente tres ¡hurras! francos y nobles, de admiración por aquel oficial de la Marina española. Y era curioso el ver que los marineros americanos vitoreaban a España en el mismo momento de la lucha, cuando las pasiones son más violentas.

Terminó diciendo al corresponsal: *Siento no recordar el nombre de ese oficial, pero si alguna vez tiene usted ocasión de hacerlo, hágale saber el profundo respeto y la admiración que sentimos todos los que presenciamos la desenvoltura y el valor que mostró al encender aquel cigarrillo».*

Hasta aquí lo recordado por el capitán de navío Huse. Puede haber involuntarias inexactitudes debido al tiempo transcurrido. Lo dicho por el CN Huse responde más a la salida del *Plutón*, mandado por el teniente de navío de primera Pedro Vázquez. El *Plutón*, al fin, con las máquinas en marcha y el timón todo metido a estribor fue a varar en la costa.

Capitán de Navío Eduardo Bernal González-Villegas, IHCN, Onda Pesquera de Radio España.

Resumen.

La escala de la corbeta *Nautilus*, buque-escuela de guardiamarinas, en La Habana, el 24 de junio de 1908, fue una gran manifestación de entusiasmo españolista por parte de los cubanos. En esos días un corresponsal de prensa recibió el testimonio de dos oficiales estadounidenses, participantes en el 98, testigos de dos nobles acciones de marinos españoles.



Corbeta *Nautilus*, primer buque español en visitar a Cuba después de su independencia. La Habana 24 de junio de 1908